



Andrew Graham-Yooll

Angloargentinos*

Andrew Graham-Yooll

Periodista y Escritor.

Director del *Buenos Aires Herald*.

Director de las revistas

South (1985-1988) e *Index on*

Censorship (1989-1993).

Miembro de Redacción de *The Daily Telegraph* (1976-1977) y *The Guardian* (1977-1984).

Fellow, Wolfson College, Cambridge University.

Ha publicado más de 20 libros editados en inglés y castellano

* *Angloargentinos y Misiles y Rumores* pertenecen al libro de reciente aparición *Buenos Aires, Otoño 1982. La guerra de Malvinas según un corresponsal inglés. Cuadernos Argentina Reciente* agradece muy especialmente al Sr. Andrew Graham-Yooll, la enorme generosidad con que facilitó el acceso a este material cuando aún no se había publicado. Asimismo, hace extensivo este agradecimiento a la Editorial Marea

Cuando éramos jóvenes, los pibes en la escuela algunas veces nos preguntaban a los “angloargentinos”:

“Si Gran Bretaña estuviera en guerra con Argentina, ¿de qué lado estarías?” Era una pregunta tan tonta que no le prestábamos atención. “Sí, pero ¿y si...?”, insistían ellos. No merecía respuesta.

Durante doce semanas, desde comienzos de abril hasta fines de junio de 1982, mis colegas, otros corresponsales de la prensa mundial en Buenos Aires, muchas veces me preguntaban: “¿Qué lado quieres que gane?” “Escocia, en el Mundial...”, contestaba. Esa evasiva no duró mucho. Escocia fue derrotada bien al comienzo del campeonato mundial. La Argentina también. No fue una época fácil para los angloargentinos. ¿Cómo podían sentirse aquellos que habían participado en las escuelas inglesas, irlandesas y escocesas de la Argentina de la celebración del Día del Imperio todos los 24 de mayo, y que habían celebrado con el mismo fervor a la mañana siguiente la fiesta nacional de la Argentina? Una forma de vida estaba amenazada.

Los sentimientos ataban las entrañas del angloargentino a Buenos Aires, a la Pampa y a la Patagonia, con la misma fuerza que los anudaba a Londres, Liverpool o Leith. Algunos amigos afirmaban que había dos pruebas seguras para determinar el país y el idioma de origen de un hombre. “¿En qué idioma cuentas? ¿Cuál usas para la aritmética elemental?” Inglés y español. “¿Y en qué lenguaje haces el amor?” Inglés y español; el amor de mi bienamada necesitaba del vocabulario de ambos. Nuestras fantasías

estaban en Gran Bretaña, las más en la ciudad de Edimburgo de mi finado padre, de donde provenían nuestras familias. Nuestra vida estaba en la Argentina, donde nuestros padres habían encontrado la tierra más rica del mundo, donde los inmigrantes italianos habían alterado el idioma español hasta darle un tono metálico sin ritmo ni cadencia al porteño, y la herencia debilitada de la cultura hispánica había sido dividida en una miríada de modismos europeos. Pero dentro de esa herencia deformada había una enorme riqueza cultural de la que éramos parte.

Otro problema era explicar dónde estaban nuestras raíces. Este aspecto esquizoide no era exclusivo de los angloargentinos. La sociedad inmigrante se había preocupado más por usufructuar todo lo posible a la burocracia estatal que por asimilarse a la nacionalidad. Ésto hacía que todos tuvieran un pedacito de su persona arraigada en otra parte, nadie estaba aquí del todo. Todos éramos *voyeurs*, viviendo en el nuevo país que aún se organizaba, y no podíamos volverle la espalda al viejo, cuya cultura y cuya historia tiraban con fuerza. La Argentina era, todavía lo es, un país de exiliados voluntarios, expatriados y desplazados que trataban de ser cobijados por la generosidad del joven Estado y querían romper con la avaricia del Viejo Mundo.

En un tiempo pasado no muy lejano, todo el país parecía haber estado dirigido por los ingleses, desde el túnel del ferrocarril Trasandino hasta los frigoríficos sobre el Río de la Plata. Los peones rurales escoceses habían trabajado en armonía junto a los irlandeses: mano de obra barata. Los galeses habían tratado de crear un país pro-